

**CUENTOS
{MUTI
L@DOS{**

JUAN DE DIOS
ESCALANTE



Título:

Cuentos mutilados

Autor:

Juan de Dios Escalante Rodríguez

Primera edición 2025, Ciudad de México

Editorial Interpec

Editorial Afrouniversidad Politécnica Intercultural

ISBN:xxxxxxxxx

78 pp. 18 x 24

666–Cuentos mutilados

Obra publicada bajo la licencia CC BY-NC-ND 4.0. Se autoriza compartir (copiar y redistribuir) el material en cualquier medio o formato bajo los siguientes términos:

Debe otorgar el crédito correspondiente al autor, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se realizaron cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de ninguna manera que sugiera que el licenciante lo respalda a usted o su uso. No puede utilizar el material con fines comerciales, ni se puede remezclar, transformar o construir sobre el material, además, no se puede distribuir el material modificado.

Ilustración de la portada: Óscar Uinic Escalante Moreno

Ilustraciones de los interiores: Diana Y. Alonso Cruz

Diseño editorial: Paco Velázquez

Afrouniversidad Politécnica Intercultural

Rector: Heladio Reyes Cruz

Coordinación de investigación: Noé Carmona Álvares

Encargada de proyecto editorial: Ivette Salinas Carranza

Directora administrativa: Eliveth Avigail López

www.afrouniversidad.mx/

Interpec, A.C.

Director ejecutivo: Juan de Dios Escalante Rodríguez

Responsable editorial: Francisco Tapia Velázquez

Vinculación y comunicación: Edith Castañeda Mendoza

www.editorialinterpec.org

CUENTOS **{MUTI** **L@DOS{**

JUAN DE DIOS
ESCALANTE



*A la **memoria***
de Julio
***Corta** / zar,*
El tejedor
de cuentos
aun en
Know
Out

A mi hermano Pepe,
porque con el plomo
de una pierna
teje sus
alas.

*Todos los miembros de mi familia eran
nórdicos, vale decir idiotas. Todas las
ideas falsas que se han expuesto en
este mundo fueron suyas. Entre otras
estaba la doctrina de la limpieza, para
no mencionar la de la rectitud. Eran
desesperadamente limpios. Pero en
su interior apestaban. Ni una sola vez
abrieron la puerta que da al alma; ni
una sola vez soñaron con dar un salto
a ciegas en la oscuridad. Después
de las comidas se lavaban los platos
y rápidamente se colocaban en el
aparador; después de que se leía el diario
era cuidadosamente doblado y ubicado
en el estante; después de que se lavaba la
ropa se planchada y doblaba y luego se
le guardaba en los cajones. Todo se hacía
pensando en un mañana, pero el mañana
nunca llegaba. El presente no era más que
un puente, y en ese puente todavía están
gimiendo, como gime el mundo, y no hay
ni un solo idiota
que piense jamás
en volar
el puente.*

Henry Miller, Trópico de Capricornio

Índice

No.....7

necesitas.....13

que te digan.....21

cómo leer.....33

estos.....51

cuentos mutilados.....65

¿O sí?

Advertencia: entre la civilización y la barbarie
solo hay un puente: favor de no caerse

*... no quedará bambú sobre bambú,
no quedará ningún sobreviviente,
no habrá testigos de lo que fue una aldea.*

ANDRÉS QUINTANA, “La fiesta brava”

EL ONEROSO PERSONAJE de *El libro negro* y *Gog* logró inventar las historias más famosas y ambiciosas de la urbanística del siglo XX. Su narrativa amputó las auroras boreales, arcoíris, dunas, tortugas, lirios por *su* locura diagnosticada por los diletantes psicólogos clínicos que tenían repulsión por la literatura. En aquel siglo, las ciudades, representantes de la civilización, sepultan espacios de su misma *Natura*, ciudades de naturaleza parricida.

El manicomio donde Gog fue recluido se convirtió en fundamento de una asesina obra hecha por una conciencia desgarradora. Mientras que a la civilización que estigmatizó a la locura como antítesis de normalidad y moralidad fue rescatada por Foucault como una reflexión que los suicidas convirtieron en el epílogo del perdón por la reivindicación de la barbarie. A ese pretendido inconsciente civil que reniega

de sí mismo no se le ha asignado algún manicomio porque para la soberbia Razón, la violencia, la dominación y los colonialismos son “civilización”, no locura. El manicomio de Gog, en lugar de controlar su locura le ayudó a dosificar la narrativa del desarrollo caótico de las fábricas y el concreto. Paralelamente reivindicó al magnate más despilfarrador de su riqueza para llegar a una obstinada civilización que arranca naturaleza como arrancar maleza.

En su condición demente, diagnosticada por la vanguardia clínica científica, convirtió su inacabable riqueza en una obra que, irónicamente, adquirió perfección en el mundo literario aristocrático de una Europa vista, desde el trópico, como civilización antropofágica.

Las entrevistas inventadas que en esa obra se cuentan son el complemento de la realidad donde la ciencia impone su narrativa del diagnóstico de la locura. Las historias de Gog somatizan el discurso desde una exclusiva parte del mundo y desde un exclusivo tipo de hombre: Occidente. El logro narrativo fue cortar la humanidad en individuos que han envilecido la dignidad.

Hombres multimillonarios como H. Ford, diseñaron la nueva naturaleza de la explotación civilizada, diseñada de la ideología burguesa que hizo al obrero anhelar y pretender riquezas caídas del cielo, borrando de su conciencia las relaciones de producción que su historia había recabado.

La nueva locura civilizatoria, representada por Ford, llegó al grado de hacer *sentir* al pobre obrero ser socio de la misma empresa que lo explotaba.

Tanto las historias de *Gog* como las del *Libro negro* mutilaron personajes llamados por la clasificación de los sistemas empresariales, “subalternos”. Las experiencias contadas magistralmente en esos textos provocan asco cultural. Al terminar su lectura, se vomita la mutilación creativa de la razón y la acción de los no occidentales que, hasta el día de hoy, siguen siendo excluidas de las “grandes” historias, de las enciclopedias e ignoradas por la modernidad occidental que cercena la risa y el relajo carnavalesco del Sur. Este sistema altanero inauguró la civilización que aparenta extrema bondad cuando el resto del mundo sabe de su necrofilia y su habilidad para negar el derecho humano y nutrir el exilio, ¿por accidente o por Occidente?

El pensamiento y la cultura occidental, con sus necias excepciones, es una acumulación de cortes y recortes. El texto que refleja su pensamiento está incompleto. A la “Historia Universal” le hace falta, entre miles de acontecimientos más, reconocer las guerras entre los países de América Latina y, para ser universal, le faltan biografías obligatorias como la de Mandela y Sandino. Sin caer en el juego del espejo, a ellos les faltan siglos para reconocer su locura y a nosotros nos faltan siglos para reconocernos como iguales.

A pesar de ese ordenamiento de ausencias diseñado “racionalmente” y que, según ordenó el mundo del siglo XX, hay una inmensa literatura latinoamericana que también genera vómito y, a diferencia de los que *mutilan*, esta incorpora, adopta, adapta e invita, hace su historia como hazaña para la libertad. Lo mismo pasa cuando alguna parte del cuerpo se separa y abandona su hogar natural. Sabe que al irse no habrá regeneración. Sorpresivamente se ha aprendido de la historia para que la adaptación incruste un puente infinito y leal a la realidad concreta. Como un vehículo del alma, que, aún incompleto, carga y transporta momentáneamente al Ser.

La fina creatividad estética de esta mutilación también genera náuseas. El texto lo genera con la tinta y el cuerpo con la sangre.

Alguien que ha padecido la huida brusca de alguna parte del cuerpo contingente, busca hasta encontrar la manera de sustituir esa aparente carencia, ese miembro que abandona, por accidente o por maldad, y que se ha exiliado sin retorno.

Esta condición obliga a ser creativo, aunque a su vez, gracias a un profundo paganismo, sienta que el mundo es su enemigo. La carencia e invalidez solo son momentáneas, ya que la creatividad, que Occidente nos condicionó como mecanismo de defensa, hace que nada sea imposible para alguien o algo mutilado. Se encuentra creativamente la manera de suplir, adaptar y adoptar, sobre todo de invitar aún estando en la

circunstancia, inevitable, de la carencia. Esta circunstancia logra salvarse gracias a lo creativo. Lo natural, escondido por la fábrica, la ciudad y el mundo gris, ahí está, salvado por un Sur colectivo.

Texto, cuerpo y *Natura* mutilados acarician todo el tiempo lo volitivo creativo. No importa que las náuseas, al principio, reinen como producto estético. Si no hay dolor, no hay mundo. La carencia y la necesidad son materia prima de la *tecné* literaria o científica o si se quiere parafrasear, las necesidades hacen las revoluciones.

Si la locura de Gog hubiese comprendido esta teoría de la mutilación, siendo un hombre que compró sus historias, que tenía una colección de gigantes y conversó con las personas más “famosas” del siglo pasado, se convertiría de mutilador a mutilado, como lo hizo al abandonar su adoración al diablo por ser un radical cristiano.

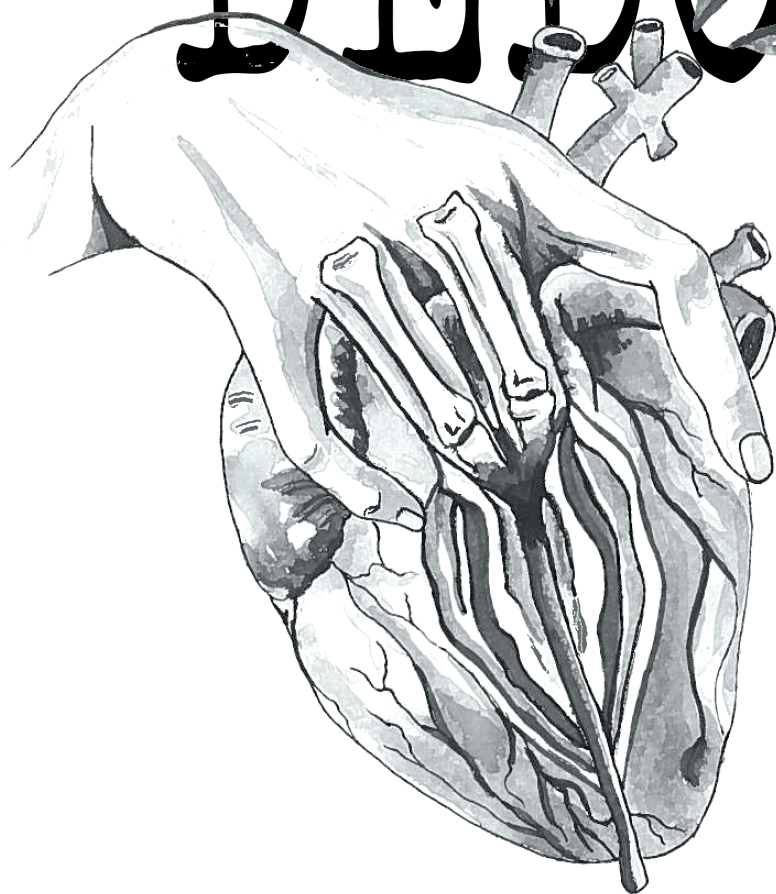
Disfruten las mutilaciones en el texto y de algunos miembros del cuerpo, disfruten y vomiten las obras literarias incompletas o aquellas que Borges puso a buscar a los historiadores siendo que eran obras inexistentes, inventadas, demostrándoles que lo mutilado es por naturaleza creativo, además de advertir una locura de la Historia científicista presentada como soberbia.

Ya que existe la posibilidad de inventar espacios y tiempos vacíos, recordemos la media vuelta al medio día en 70 mundos.

Cortemos camino, busquemos atajos para mantenernos cuerdos, para llegar lentamente a los cuentos de Cortázar, deshilachados, pero aún muy coherentes. Así se escribió este libro utilizado. (m).

Los

DEDOS



TRA
VIE
SOS

... los cuerpos mutilados, quemados, desechos conocen los mecanismos de la descomposición, mientras ustedes vuelan de regreso sin una baja.

Andrés Quintana, *“La fiesta brava”*

LA SEÑORA REYES RECOGIÓ sus dedos sin sentir dolor, para ser más exactos, recogió dedo y medio. Comenzó a padecer un frío que la hizo temblar, sin poder moverse. No alcanzó a sacar la mano de la máquina que, sin piedad, le rebanó dedo y medio.

Llegó el gerente para regañarla, sin ningún dejo de conmoción. Ante la sangre y la tragedia, ordenó que fuera a enfermería.

—Vaya, vaya, deje de alborotar a los trabajadores. Ande, vaya a enfermería sin que la sangre manche el piso, ahí le ponen un *curita* y regresa a sus labores —regañó la voz imperativa.

Uno de los trabajadores llegó derrapando para ver el evento contemplado por una docena de cocineros que hacían la comida para todos los trabajadores. Solo faltaban unos minutos para ir al comedor; uno de los cocineros mencionó que la vida está decidida a ser sarcástica.

—Hoy preparamos dedos de queso.

Se expresaron algunas risas y algunos gestos de asco.

La señora Reyes empezó a caminar hacia la enfermería

cuando un brazo fuerte la cogió de la cintura y con un malabar la cargó hacia la salida de la fábrica para llevarla al hospital. Era un hombre robusto y de grandes manos.

Entre la fábrica y el hospital había 69 puentes, una distancia considerada que puede llegar a podrir toda naturaleza humana, desde una célula hasta una caricia. La lejanía ayudó a que la señora Reyes tomara conciencia y, ya desvanecido el terror, diera cuenta que, con la mano ilesa, apretaba bruscamente dedo y medio cercenados. En ese instante su cuerpo volvió a temblar, abrió la mano y los dedos cayeron toscamente quedando dibujados con sangre en el asfalto.

La señora Reyes berreó llevándose el brazo al rostro. El hombre, hábilmente aprovechó la pose de Magdalena, recogió los dedos ya más atrofiados y los enrolló en una hoja de maple recién caída.

—¿Por qué no los pegaron de inmediato o por qué no los pusieron en hielo? Así el proceso de putrefacción que sufren las células se detiene y no perdería sus dedos —dijo el doctor que la asistió en el quirófano.

—Sabrá usted que soy egresado de la prestigiada Universidad de La Habana. Le hubiese hecho una cirugía perfecta. El resultado sería visto como si una pequeña cortada fuera el motivo de su cicatriz —enalteció el doctor—, chica. Ante esa presunción, apareció un silencio indómito y patético.

—Para la próxima ya sabrá qué hacer. En esta ocasión la empresa donde labora se encargará de dar una alta pensión por sus dedos, que por ser los que más se ocupan, son los más caros dentro de las cotizaciones de los seguros, pero debemos hacerlo posible por mantenernos íntegros, completos, señora Reyes. —Cantó el acento caribeño del doctor.

Las indicaciones fueron sencillas: lavar suavemente las heridas y cubrirlas con unas cintas y, después, las vendas. Esto haría que no sangrara nuevamente.. Les dieron una pequeña bolsa donde iban cientos de miles de células muriendo.

Salió tomada del brazo, con conciencia de que estaba ya incompleto aún sintiera la mano de entumida como de metal sacado en bruto de las minas alejadas del pueblo. El paliativo moría y daba ampliamente paso a que en la mente de la Sra. Reyes se incrustara un fuerte dolor e imágenes de sus dedos bailando cancán. El fuerte brazo del trabajador de la fábrica la fue tomando de la cintura durante todo el traslado al hospital. Tiempo suficiente para memorizar esa estrecha cintura y sus contornos. Ahora, nuevamente la cogió de la cintura hasta que la confianza se convirtiera en producto a su favor.

—La llevaré a su casa. Aquí traigo sus dedos que nos regresaron en el hospital —dijo el trabajador.

Ver nuevamente dedo y medio entre coágulos de sangre fue una imagen que no olvidaría durante varios años.

— ¡Tírelos! No veo para qué me puedan servir ahora. Está

de más conservarlos, siento que cuando los vea arrumbados en un cajón o un rincón polvoriento, me volverá el dolor que sentí en el trayecto al hospital. Aparte de que, en poco tiempo apestarán —dijo la señora Reyes, mostrando su lado duro, serio, aquél que se escondía debajo de su excitante cintura.

Llegaron a una casa, más bien era una cabaña de madera, rodeada de jardines en sus cuatro lados.

—Entre. Vivo sola. Desde hace 5 años que el patético de mi esposo salió a comprar cigarrillos. Pase —ordenó la señora Reyes.

El sofá viejo y pálido fue lo mejor que apareció para descansar. Ambos suspiraron y se relajaron de la desgracia.

Después de un largo silencio conmovedor, se miraron cómplices. Se acercaron sus rostros y se besaron, tímidos y excitados.

—¿Le duele su mano, señora Reyes? —Preguntó el trabajador, deslizando sus manos en la delgada cintura.

Se abrazaron tímidamente y, en la pesadez de la tragedia, hicieron el amor, muy atentos a no lastimar la mano de la señora Reyes, quien todo el tiempo gemía, se quejaba como si le doliera la mano y salían gritos mancillados cuando el trabajador metía dedo y medio en su vagina.

—¿Por qué grita tanto? No son ni dos dedos los que estoy usando. ¿Le duele la mano, la he lastimado? —Preguntó conmovido.

Todos en la fábrica o en su vecindario se dirigían a ella como “la señora Reyes” porque, aún joven, la consideraban viuda. Al marido lo dieron por desaparecido y, por las dudas que siempre están en pugna, muerto.

—Señora Reyes, usted siempre me ha gustado. La miro cuando trabaja, al entrar y salir de la fábrica —le confesó el hombre que estaba entre sus sábanas ya desnudo.

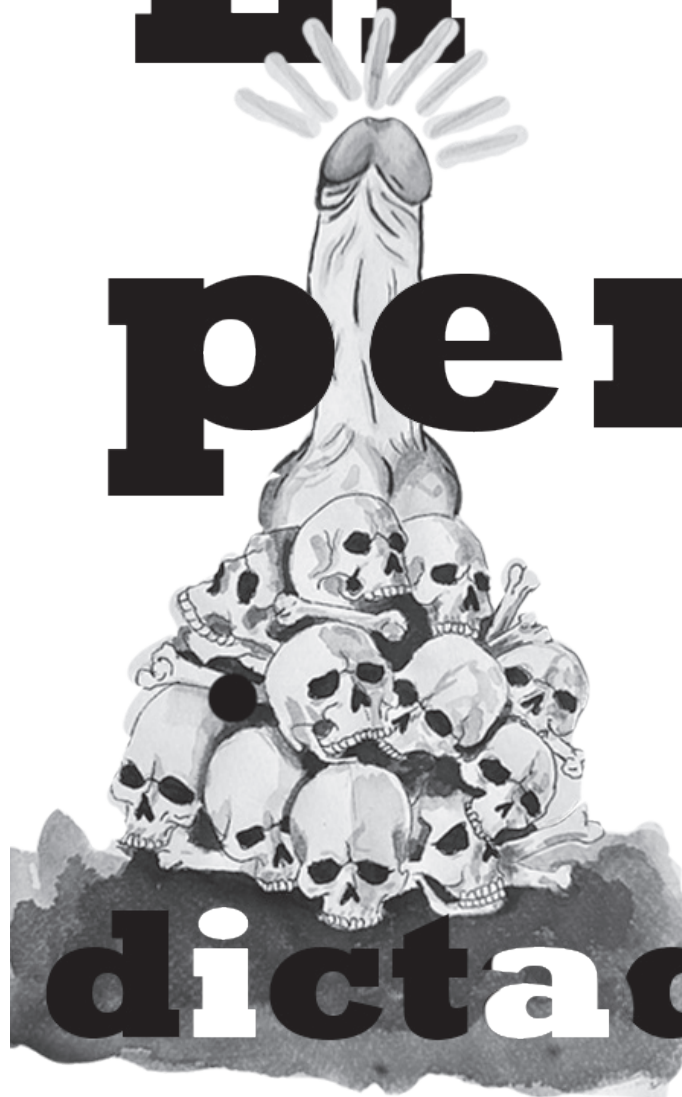
La desgracia sigue a la desgracia y, cuando se juntan, se presenta como colmo.

La señora Reyes vio los dedos del trabajador manchados de sangre y un olor denso comenzaba a convertirse en apeste que acechaba su cintura lentamente.

—Sus dedos tienen sangre y apestan. Por cierto, ¿dónde tiró mis dedos? —preguntó a punto de vomitar.

La señora Reyes no supo el nombre de aquel trabajador de la fábrica, tampoco dónde tiró sus dedos, mucho menos de dónde, aquél hombre de manos grandes, manchó sus dedos de sangre. Los dedos seguían bailando cancán en su mente, mientras el apeste cercenó el ambiente.

El pene dictador



*... usted, capitán Keller, siente la paz del deber cumplido, arden entre las ruinas
cadáveres de ancianos, niños, mujeres violadas, torturadas, no había ya un
solo guerrillero en la aldea o bien, como usted dice, todos los pobladores eran
guerrilleros.*

ANDRÉS QUINTANA, “La fiesta brava”

ERAN SÓLO DOS COSTALES llenos de huesos humanos. Caminaron con pico y pala durante 15 horas para conseguirlos. Ese día fue uno de los menos cansados. En plena Pampa argentina desenterraban miles de huesos. Los cuerpos obesos de las 10 mujeres que componían el grupo de búsqueda no se cansaban gracias al grano de esperanza.

—Al primer montón de cuerpos los llevan a la Pampa, allí los entierran. Al segundo bloque los tiran al mar. Lo importante es que no se pudran y nos apesten el país —dijo el militar que llevaba 10 años gobernando la Argentina.

—No se preocupe, mi general, tengo ya cierta experiencia en desaparecer cuerpos de gente bastarda.

Era uno de los asesinos más crueles del país y, meses después, lo sería del continente.

Sara Bergoñi siempre fue la vanguardia en el grupo. Tenía una pierna dañada, lo que no le impedía llevar el ritmo colectivo, aun dando pasos defectuosos, coartados. A

excepción de una mujer que buscaba a su marido, las demás rogaban a Dios encontrar a sus hijos. Las madres de los desaparecidos fueron más conocidas que Michell Jackson. Su fama se elevó por no claudicar desenterrando huesos, sumado a las fotografías con pico y pala en las manos que daban vuelta al día tras día escarbando ochenta mundos.

Otro buen día que el militar despertó de malas, el cielo bramó y lloró como nunca. En el baño, después de defecar y antes de salir de su casa, decidió asesinar a todos los disidentes escondidos aún en los sótanos del Palacio. Esa idea lo paralizó por un momento, quedó inmóvil y antes de subirse los pantalones reflexionó, que esa parálisis se debía a una ligera compasión por los pobres muertitos que saldrían de los sótanos de la casa de gobierno hacia la Pampa.

—Pondré paz en este país. ¡cueste lo que cueste!
—murmuró el militar que, desbraguetado, se encaminó al Palacio de Gobierno.

Todos, militares y manifestantes, miraban la bragueta abierta —extremadamente raro en un militar tan portentoso y disciplinado—, siempre vestía el traje militar impecable, hacía juego con sus pómulos exacerbados, dando la impresión de un muñeco perfectamente diseñado.

—¿Qué mierda pasa aquí? —Gritó al chófer que, por costumbre, lo acompañaba hasta que entrara al Palacio.

En la calle había cientos de personas exigiendo que

devolvieran a sus parientes desaparecidos hacía años. Gritos, lamentos y lágrimas se derrochaban en esa manifestación de matracas, cacerolas y batucada.

—El militar de bragueta abierta bajó del auto, sacó una pistola que acababa de pulir y disparó tres veces. La muchedumbre se quedó impávida por un momento.

—Lárguense de aquí o los mando a arrestar, bola de pelotudos —bramó el presidente.

El miedo de naturaleza colectivo que se estacionó en la manifestación generado por los disparos comenzó a mutar en burla, risas y carcajadas, llegando con inmunidad. Señalaban la bragueta abierta del militar que de inmediato entró al Palacio y llamó al ejército para disuadir y arrestar a todo mundo.

—Señor, hay solo 10 arrestadas, llegaron tarde las Fuerzas de Reacción Inmediata (FRI), solo atraparon a algunas de las Madres Auténticas Organizadas (MAO) —se disculpó el subalterno—. Perdón, mi general.

—Tendré que aplicar unos cuantos correctivos a ese grupito que han arrestado —adujo el militar, dirigiendo hacia los sótanos rápidos pasos marcados por sus impecables botas.

—¿Sabe por qué nos reímos de usted, con todo y el miedo que nos trasminó con su arma? Se ve que todo mundo le teme. Nadie le ha que trae la bragueta abierta —dijo Sara Bergoñi al militar presidente.

Subió el cierre de la bragueta, sin pena, lentamente. Desenfundó su arma y, con el mismo brazo diestro que cerró la bragueta, la colocó a la altura del pene. Su figura, ya totalmente quieta le disparó en la pierna a Sara causando que el hueso casi se hiciera polvo.

—Ni un grito más de su parte, vieja loca, aquí no están sus familiares, vaya a buscar en esos lugares de mala muerte, donde han de estar con las putas —terminó de ordenar el militar y se retiró pensando en su bragueta.

Hora tras hora eran dedicadas a buscar cuerpos, huesos o pistas para poder comprobar que sus hijos habían muerto, desmintiendo la versión inmoral de las putas. En el fondo el deseo no era encontrarlos vivos, lo que se anhelaba era tener algún resto del cuerpo enterado entre alguna maleza y no en las zonas rojas que no dejan de ser matorral ni terminan de civilizarse. En su mente se paseaban los huesos, iban de bar en bar llegando hasta el desierto de la Pampa.

—Quisiera encontrar, Sara, un solo diente, para entenderme. Se muy en el fondo que mi Lucrecio, en ese mismo fondo, no está con putas, Sara —confesó—, y con cualquier escenario me moriría.

—Tienes razón. Ya no hay futuro. Muerto, encontrando un hueso y verificando que sea de él, la vida quedaría sin sentido, sin horizonte —empatizó Sara—, este ambiente ya huele a desesperanza, mujer.

—No digan eso —dijo la única mujer que buscaba al marido—, mejor lloren, hagan catarsis. Desesperanza no. ¡No!

Terminada la jornada, ahora con un aproximado luto y la puerta abierta a la desesperanza, se dirigían a la Plaza de Mayo a limpiar los huesos encontrados. Todo mundo aspiró alguna vez huesos convertidos en polvo gracias al necio viento que no cesaba.

—¿Qué pasa en la Plaza de Mayo? Hay miles de homosexuales.

—No dejan la protesta. Dejen que se expresen —dijo Sara a todas las mamás de los desaparecidos—, tengamos fe en que esta vida cambiará.

La fe y la esperanza regresaron con las madres y la esposa cuando una linda y bella joven vio que se acercaba una fila de autos y camionetas a la desierta Pampa donde masturbaba a su novio. La Pampa era conocida por la soledad, el aislamiento, nadie ponía un pie, pero sí una mano que en ese momento se atemorizó.

Dejó de masturbarlo y el novio se enfureció. Lograron esconderse del pelotón que comenzó a escarbar. Bajaban los cuerpos y los aventaban a una gran fosa hecha por el pelotón. Los bajaron con parsimonia, tapándolos con una tierra que comenzaba a ser tomada por un clima de ansiedad y el unísono ruido de la lluvia, que pronto, ya protagonista, hizo de la tierra un lodo que apestaba.

Tardaron aproximadamente cuatro horas en hacer el encargo del militar, mientras el novio mostraba su ansiedad. No quedó una sola huella gracias a la lluvia.

—Buen trabajo —felicitó el subalterno que llevaba el mando de la misión.

—Uno, dos, tres... otro, otro más... quince, son quince autos. —contó y reflexionó la novia que, impávida, también murmuró— ¡Hijos de perra!

Sí, eran quince autos los que conformaban la misión.

El novio, ya desesperado, preguntó:

—¿Podemos seguir?

Llegando a la ciudad, la novia se da cuenta de la evidencia de sus travesuras.

—Súbete la bragueta.

—No me di cuenta, nena —se disculpó el novio ya con cara de felicidad.

Los pasos eran interminables al igual que las excavaciones. Noche y día jugando a la esperanza. Habían sido entrenadas por un grupo que operó de la misma manera en la isla Santo Domingo.

Los novios quisieron hacer de lo vieron un secreto. La ansiedad del novio los hizo regresar el siguiente día a la Pampa. Comenzaron a besarse y la novia sintió un denso olor que dejó al novio con su ansiedad.

—... en la Pampa, están enterrados... —confesaba la novia

a las madres y a la esposa. Lloraba y vomitaba— eran 15 autos.

—Estaban vivos ... cuando le disparó a mi pierna ... estaban allí, en los sótanos del Palacio —tartamudeó Sara y le dolió la pierna.

Nuevamente la bragueta abierta. Era una señal de sus nervios, del miedo escondido, el miedo natural aún. Nadie se atrevió a decirle lo que se veía como una falta de disciplina y que le daba un aspecto hostil y de mofa, con todo y su impecable porte.

Un grupo de turistas brasileñas visitaban el Palacio. El militar pasó junto a ellas extrayendo con la mirada las imágenes de las nalgas y tetas perfectas, las admiró y, justo cuando iba a tomar de la cintura a una morena encarnecida, rieron al unísono y señalaron la bragueta abierta del presidente. Fue la última risa que disfrutaron en su vida.

La tortura fue cruel y fatal, características de los buenos dictadores. Una por una fue violada por los *miembros* del ejército y la FRI, se lamieron los dedos al deglutir esos cuerpos encadenados.

Tres morenas fueron penetradas por el militar presidente, causándole cansancio y sueño, sin embargo, carcajeó.

—Estoy listo para bailar samba. Sigán disfrutando. Cuando terminen, a la Pampa.

Los miembros del ejército seguían penetrando el pene (dictador cualquiera) en el trasero de las brasileñas, mientras

los del FRI, jugaban volados para repartirse la carne.

Encadenadas, esclavizadas, violadas, en condición de trapos, el subalterno siguió las órdenes del dictador militar.

—Una bala en el cerebro a cada una, quizá los gusanos las sigan disfrutando.

El país era un remolino que levantaba a todo mundo si violaba el toque de queda. Ni una golondrina había en la calle, una que otra cucaracha, que se arriesgaba a que descubrieran su humanidad y también la aplastaran.

Ya era moda, al igual que tantos asesinatos, el lenguaje políticamente correcto.

—Todas entramos a mi señal —alzó la mano la guerrillera vestida de negro y con pasamontañas rosa.

Ingresaron con furia, con el deseo añejo de transformar el mundo y esta era la oportunidad de diseccionar el patriarcado. El objetivo principal era capturar al militar presidente dictador que se refugiaba en el Palacio.

—¡Ayuda! —Clamaban los militares. Los miembros de la FRI iban muriendo en las calles y banquetas. Las cucarachas corrieron, huyeron.

—Nuestro horizonte militar es que dejen de existir los militares. Para lograrlo debemos acabar con el dictador de la República —terminó su discurso la jerarca de la Guerrilla Urbana Güey (GUG), consolidada en la Plaza de Mayo agrupando 25,000 soldadas de diversa condición sexual,

siendo ejemplo en la historia del continente. Fue, gracias al triunfo contra el dictador, ejemplo de cientos de grupos anti patriarcales.

—Lo tenemos, Laica, todo tuyo, cariño —dijo una de las guerrilleras a la jerarca.

—¡Es mío! —se saboreó Laica mientras fruncía el ceño y se perdía su mirada de odio.

Estaba en la sala principal amarrado a una torre que detenía el techo de mármol.

Las guerrilleras lo rodearon. El ejército estaba derrotado, las Cámaras, Alta y Baja, tomadas por la GUG y, ya con ganas de cerrar el triunfo con broche de oro o con la cereza del pastel, el dictador traía la bragueta abierta. Ya era una costumbre. Cada que se postraba en el pensamiento alguna idea de asesinar, también le asaltaba la memoria en el baño y se le olvidaba la bragueta.

—Miren, estamos de suerte, chicas —dijo sarcásticamente, Laica. Le sacó el pene y desfundó su navaja.

—¡No, eso no lo hagas, te lo ruego! —Lloró el dictador, imaginando, desplazando las ideas de asesinar de su mente y claramente vio cuál sería su tortura y la paga por el dolor que impartió en el país y en otros más.

Laica acaricio suavemente por unos momentos el pene del dictador. La excitación no depende de la tortura. Llorando y gritando aún tuvo una erección. Todas las

encapuchadas de la Guerrilla Urbana Güey, soltaron la carcajada.

Laica cortó el pene magistralmente, sacudió la sangre, golpeó el estómago del militar y le metió el pene en la boca.

—Allí está su pene, dictador. Saboréelo.

Las capuchas rosas de la GUG fueron a festejar a la Plaza de Mayo. Ya se había tomado el poder político al grado de cambiar el color azul de la bandera por el rosa.

La esposa y las madres de los desaparecidos seguían excavando la Pampa. Ahora la GUG les regaló una excavadora que no quisieron usar, temían que los huesos de los cuerpos enterrados saldrían destrozados.

En tres días se preparó todo para las elecciones. Laica las ganó. Cuando llegó a Palacio fue directamente hacia los sótanos verificando que la tortura siguiera funcionando y que el pene del dictador siguiera incrustado en su boca. Intacto y erecto.

—¡Qué linda tortura, che! Miró los cachetes del moribundo dictador enrojecidos y el rostro de muñeco violado.

—Lindo muñeco —susurró la nueva presidenta Laica.

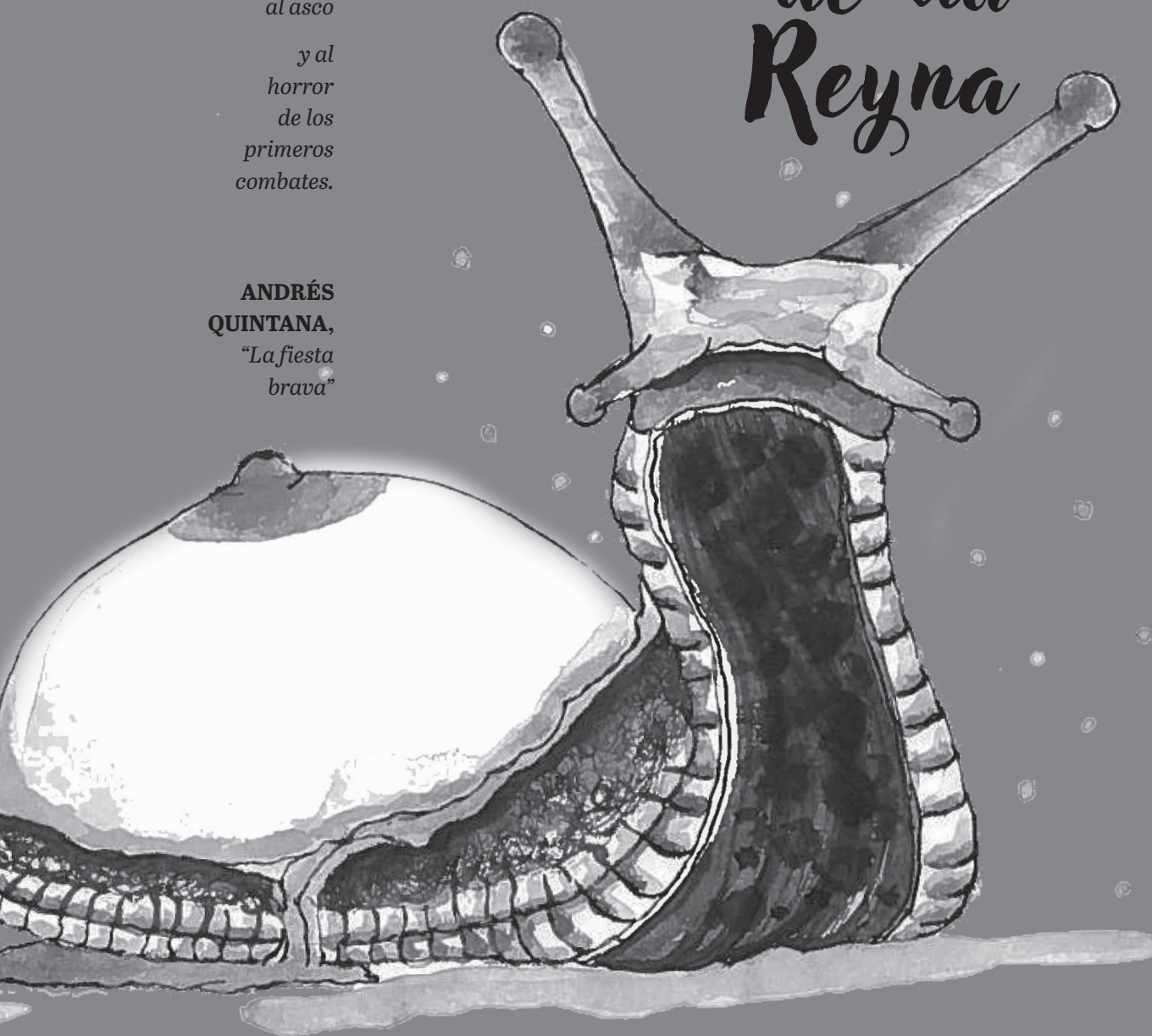
Sacó el pene de la boca del dictador y, con los labios estirados por la felicidad, le dio el beso de la muerte al patriarcado.

Las historias de tía Reyna

... con un
sentimiento
opuesto
al asco

y al
horror
de los
primeros
combates.

**ANDRÉS
QUINTANA,**
“La fiesta
brava”



) o no siempre el principio fue placer (

— ¿ME ENSEÑA SUS SENOS, tía Reyna..?

El tono de la pregunta se confundió con un ansioso imperativo. Anselmo estaba en plena pubertad con altas exigencias de dopamina. Una etapa que puede quemar la ropa y al mismo tiempo dejar que la inocencia se abra acogiendo a los sentimientos provocados por unos labios infinitos; edad perfecta donde se riegan las semillas del sufrimiento que deja el amor y la presencia de una moral despistada.

Alzó la ropa que le cubría el pecho, Anselmo tocó el seno izquierdo sintiendo una parte muy dura. No entendía esa sensación y sin pensar lo estrujó fuertemente haciendo quejarse a tía Reyna. Anselmo corrió al baño a vomitar.

La escuela era la única tarea que sus padres le asignaron con toda la esperanza, que tiene como fin una perpetuidad del matrimonio, ejemplo para la descendencia.

—¡Anselmo!, te damos la plena confianza para que tus estudios sean responsabilidad única. El tiempo que sobre es para tu libertad.

Tanto padre como madre acordaron siempre tratar con amor al hijo único. Al nacer, les dio muchos dolores de cabeza y sufrimientos por los sustos que daba el asma heredada del abuelo. Cada que los bronquios se congestionaban, el pecho se inflaba como un condón que juegan un par de niños en su fiesta particular imaginando

que es parte del adorno de globos. Los padres sólo eran espectadores de ese juego, esperando que reventara el condón y muriera Anselmo.

Las oraciones, la fe y todas las desveladas disciplinadas de los padres de Anselmo hicieron que fuera un niño responsable con su enfermedad.

Cuando llegaba a un hospital con el condón en el pecho, recitaba de memoria la letanía de medicamentos, cantidades, aplicación y tiempos que la enfermera le debiera aplicar.

—Señorita, enfermera: ponga salbutamol y suero en la jeringa de 5 mililitros.

—El suero se terminó, Anselmo. ¿Qué haremos? —Lamenta la enfermera.

—Ponga, a 10 mililitros de agua, una pizca de sal y eso suplirá al suero —dictó la cátedra Anselmo, quien ya estaba curtido en los menesteres de su padecimiento.

Los años desfilaron poco a poco. La escuela fue puro trámite para su alto nivel intelectual hasta que llegó la pubertad y Soledad a la escuela de Anselmo.

El edificio escolar, cuadro de otros cuadros de la insensible ciudad no exigía gran talento para describir su monotonía arquitectónica simple, fría y lisa en la que todo mundo resbala, cayendo siempre de sentón. Una escuela de planos plana y gris. Una escuela urbana por dentro y urbana por fuera. Un cuadro más que se sobrepone sobre un río

que cada que llueve se posa, violento, sobre el concreto y se impone, apropiándose por unas horas, de un espacio que le han hurtado.

Todo espacio careció de importancia para que Anselmo dispusiera su corazón a Soledad. Desde el día que llegó como la niña nueva, miró a Anselmo. Nadie distinguía el color de sus ojos camuflados por los nervios. Las carcajadas de Anselmo dominaban las míseras risas del grupo cuando se burlaban de los ñoños.

El segundo día encontró solo a Anselmo.

—¿Sabes besar, Anselmo? Preguntó Soledad quién tenía una cara extremadamente fina, delineada, contornos perfectos y unos ojos grandes que cambiaban de color de acuerdo con su nivel de nervios. Con la pregunta que hizo a Anselmo los ojos se pusieron casi blancos. Anselmo se atrevió a decir —¡Obvio! —¿Me enseñas? —Dijo Soledad como duende que acecha en el bosque.

Entre la afirmación segura de Anselmo y el atrevimiento de Soledad desapareció todo lo que les rodeaba. Ese beso encerró a la pareja en la tradicional burbuja de amor. La mentira de Anselmo lo hizo más atractivo, un gusto cáustico para Soledad.

Anselmo, todo un galán de telenovela tomó la cabeza de Soledad, se inclinó cual cimarrón en la cumbre de la montaña y la besó largamente.

Movieron los labios a la orden de la pasión y el gusto de sentir sus lenguas. En medio de decenas de alumnos dieron su primer beso al unísono de los silbidos estudiantiles y la repentina aparición del personal que vigila y castiga los actos que determinen como malos.

En esta ocasión no sabían si el beso tenía que ser castigado o aplaudido. Fue un beso que emanó una pubertad empática con todo el público presente.

El beso se aplaudió y comenzó un amor que rebasó cualquier deseo carnal, ese amor pantanoso donde nadie sale de ahí, a menos que alguien se vaya contra su propia voluntad y mutile el corazón del otro. Los 15 años que apenas vivían, marcaron su vida para siempre. La edad perfecta para darse cuenta de que creer ser libre en el amor, es el principio de una frustración que se lleva el resto de la vida y mata cualquier principio del placer.

No podían despedirse, querían quedarse a vivir en la escuela, lugar que hicieron su mundo. El deseo de seguir con las caricias, abrazos y besos que ya llevaban un ritmo natural, no cedió, siempre estaban llenos de miel pura zángana, que causaba dolor al despegarse.

Bajo una intensa lluvia seguían los besos, la seducción permitida junto al miedo de traspasar el cargo de la moral que se asombra de ver dos cuerpos desnudos abrazados bajo la lluvia. Enamorados no pensaban, solo crecía su amor.

El corazón de Anselmo se agitaba, Soledad sentía su piel erizada y una humedad que no era de la lluvia. Era un amor tierno, sólido, atrevido e irruptor de penas y condolencias, solo eran ellos, su amor y la enajenación que los aislaba absolutamente del mundo.

Llegó de visita la tía Reyna por una cuestión de salud y Anselmo hizo buenas migas con ella. La Tía le contó una serie de historias que enajenaron fantásticamente a Anselmo. Entre el amor y esa enajenación quedó perdido para su único deber instruido por sus padres.

Las clases se convertían en besos e historias que Anselmo repetía a Soledad. Las historias de tía Reyna los llevaban a diseñar su mundo, alejados de todo. Ambos dieron el corazón sin saber qué significaba eso.

Los pensamientos de Anselmo se fijaron en la historia de un mapa que llevaba a un lugar donde se cumple un deseo cualquiera. Eran los chaneques del bosque quienes le contaron esto a tía Reyna en una de sus historias. Solo tenía que encontrar un mapa para llegar a ese mágico lugar; el mapa aparecería con alguna pista alejada de este mundo.

—No creo que aparezca esa pista que lleve al mapa, me cansé de buscar, si encuentras la pista, Anselmo, es tuyo, lo merecerás más que yo —dijo la tía Reyna.

“Una pista alejada de este mundo”, repetía y repetía el eco de su mente intentando descifrar.

Tía Reyna contaba las historias con una sinceridad incondicional. La voz era suave, con un tono grueso necesario en las sílabas necesarias para poder encantar con la historia. Sus anchas cejas atraían la atención de cualquiera y un acento tropical que parecía un espíritu conquistando ciudadanos, incrustándoseles en el corazón retorciendo las entrañas. Sentada se movía como mecedora contando historias.

—Un hombre enfermo del hígado, que los médicos habían desahuciado, corrió a vivir al monte, no llevó nada, solo la ropa puesta y sus huaraches.

—¿Allí murió o se lo comieron los lobos del monte? — Interrumpió Anselmo desesperadamente.

—Después de hacerse amigo de los lobos, aquel hombre regresó en un año, todo mundo lo creía muerto, su historia fue real, comió puras hierbas y esto hizo que su hígado se cubriera de verde. De manera increíble el comer hierbas del monte le curó el hígado. Ahí anda el señor, muy contento, risueño y de vez en cuando aullando.

Tía Reyna no paraba de hablar, a menos que Anselmo la interrumpiera.

A Soledad le gustaba usar perfume. Su olor extasiaba a Anselmo. Después de jugar fútbol con los amigos, regresaba volando con la novia. Todos los veían como la pareja perfecta. Auguraban que se mantendría toda la vida.

Los meses que llevaba el año escolar fueron risas y felicidad para la pareja, comían, bebían y se escapaban de la escuela para ir por los helados y tirarse en el pasto. La monotonía siempre la evadían con caricias, besos y abrazos.

El timbre que siempre anuncia libertad en cualquier escuela al fin llegó. Las clases terminaron y Anselmo logró salir sin reprobar. Tenía una inteligencia increíble que quedaba envarada cuando Soledad y las hormonas aparecían. Soledad no tuvo la misma suerte y la condicionaron a repetir el año.

Se organizó una fiesta de graduación. Los amigos empujan el tiempo y de repente el alcohol obliga creerse adultos, mirando los límites, las fronteras desaparecer, provocando que lo importante pase como nimiedad y ésta pase desapercibida.

Soledad escapa de casa. Llega tarde a la fiesta, mira a Anselmo caer, corre y trata de ayudar a quitarle la borrachera. Los anfitriones los llevan a una habitación para que se recueste. Soledad lo acaricia, lo abraza con ternura y su perfume le regresa el alma a Anselmo. Su mirada trae fuego, inocencia y estragos de alcohol. Mira las piernas de Soledad, las acaricia suavemente descubriendo cada parte, cada milímetro. Los besos en el cuello de Soledad la llevaron a una eternidad, hasta que las manos de Anselmo trascendieron sus piernas llegando al lugar donde de manera natural nace la vida.

Se besan fuertemente. Alterados. Excitados. La ropa vuela acompañando el aliento alcohólico de Anselmo. Cierran la puerta por dentro y desaparece nuevamente, como en el primer beso, todo lo que está alrededor, solo una selva húmeda que oscurece y oprime los gemidos de Soledad, se acallan y al fin los libera. Besa un seno, lo estruja y Soledad arde en deseo.

Soledad se viste y corre con el temor de ser señalada. Nadie en la fiesta dijo nada. Percibió Soledad un olor extraño. Era el olor con el que su nueva naturaleza se presentaba. Se sonrojó y el color de sus ojos cambió. La pubertad impidió que surgiera un apeste y que el olor del amor fuera muy tenue.

Después de un vómito que apestó toda la recámara pudo dormir. Despertó sin saber dónde estaba. Sólo reconoció el olor de su vómito. Lo limpió, ofreció una disculpa a los anfitriones y se fue.

Llegó a la comodidad de casa, intranquilo por no recordar algunas escenas de la fiesta. La ausencia de la tía Reyna lo entristeció. El pensamiento seguía puesto en descifrar, encontrar la pista y tener en las manos el mapa. La visita de tía Reyna fue por cuestiones de salud, tenían que hacer una biopsia para determinar el peligro de un absceso en un pecho. Una pelota de golf avecinó y había que extirparla.

Durante la interminable semana que transcurrió sin Soledad y con tía Reyna en el hospital, soñó con un ser enano con

pequeñas alas, le gritaba y el viento se llevaba el sonido de sus palabras, las empujaba para juntarlas dando forma a una nube de algodón llena de palabras distorsionadas. Caminó hasta la nube que se iba haciendo cada vez más grande, dependiendo de los gritos del enano. Intentó tomar un puño de ruido y llevarlo al oído para saber qué quería decir aquel pequeño hombre alado. Antes de desaparecer abruptamente, golpeó con su mano el lado izquierdo de su pecho. Apareció una ansiedad tremenda. Su corazón se agitaba cada vez más por no entender lo que le quiso decir. Le invadió una tristeza infernal.

Ya no aguanta más sin ver a Soledad y corre a buscarla. Hay mucha gente fuera de la casa. Tonos negros en la ropa, silencios y frío invadieron las conjeturas y la negación de las tragedias. Extendida en el féretro se encuentra Soledad. Nadie conoce a Anselmo. Los perros ladraron. El corazón de Anselmo parecía explotar, la respiración se agitó y la imagen del rostro de Soledad lo hizo gritar. Cae de rodillas y caen las lágrimas de la pubertad que no pudieron detenerse en el sufrimiento. El corazón se fue evaporando con cada lágrima. Ahora no había ni mente ni corazón. No había selva, solo desierto.

La tempestad es cruel si se logra expandir y pega profundamente, sin importarle que la sentencia la obliga a irse, pero no se sabe cuándo. El trastorno y la soledad que en ese momento padeció se fue después de un largo día sin parar de llorar.

Al fin regresó la mente de Anselmo. Lo primero que recordó fue aquel sueño que le daba la pista para saber dónde estaba el mapa. Deseaba que no muriera Soledad.

Corrió sin parar. Tía Reyna ya había regresado del hospital. Anselmo se hincó en su regazo. Tía Reyna lo consoló con las caricias de una madre. Apaciguado contó el sueño a tía Reyna. —Dime, ¿dónde crees, entonces que está el mapa, Anselmo?

Se tocó el lado izquierdo del pecho, tía Reyna. Atrofiado por la muerte de Soledad, preguntó.

—¿Me enseña sus pechos, tía Reyna?

Tía Reyna desabotonó un suéter gigante que la cubría hasta las rodillas, quitó la blusa y le mostró a Anselmo su pecho. Anselmo gritó con el mismo tono que en la casa de Soledad. No estaba ya el seno izquierdo, en su lugar vio un injerto que parecía una serie de cicatrices amontonadas.

—¿Dónde está su otro seno, tía Reyna?

—Lo extirparon por el tumor maligno que era la pelota de golf.

—En lugar del mapa hay un hueco cicatrizado. ¿Te dieron el pecho que cortaron? —Preguntó Anselmo con gran desesperación e incredulidad.

—Anselmo, la pista la entendiste bien, el mapa que te llevará a pedir un deseo es tu corazón. El mapa ya es tuyo, te lo di —hizo una mueca y acarició a Anselmo, tía Reyna.

Ya no salieron lágrimas, sólo un grito seco seguido de un lamento:

—Ya no tengo corazón, Soledad irá conmigo toda la vida. Su perfume lo llevaré impregnado siempre.

Anselmo fue internado por sus padres en una escuela militar de la cual escapó. Se hizo bailarín de bachata, baila muy sensual, frota la piel de la pareja de baile excitando a medio mundo, sea en las grandes ciudades o en los pueblitos donde busca a los chaneques; cada que se emborracha coje y al tocar los senos de las chicas recuerda a tía Reyna y a Soledad e inevitablemente vomita. Anselmo la interrumpiera.

A Soledad le gustaba usar perfume. Su olor extasiaba a Anselmo.

Después de jugar fútbol con los amigos, regresaba volando con la novia. Todos los veían como la pareja perfecta. Auguraban que se mantendría toda la vida.

Los meses que llevaba el año escolar fueron risas y felicidad para la pareja, comían, bebían y se escapaban de la escuela para ir por los helados y tirarse en el pasto de un parque. La monotonía siempre la evadían con caricias, besos y abrazos.

El timbre que siempre anuncia libertad en cualquier escuela al fin llegó. La escuela terminó y Anselmo logró salir sin reprobar. Tenía una inteligencia increíble que quedaba en varada cuando Soledad y las hormonas aparecían. Soledad no tuvo la misma condición y la condicionaron a repetir el año.

Se organizó una fiesta de graduación. Los amigos empujan el tiempo y de repente el alcohol obliga creerse adultos,

mirando los límites, las fronteras desaparecer, provocando que lo importante pase como nimiedad y ésta pase desapercibida.

Soledad escapa de casa. Llegar tarde a la fiesta, mira a Anselmo caer, corre y trata de ayudar a quitarle la borrachera. Los anfitriones los llevan a una habitación para que se recueste. Soledad lo acaricia, lo abraza con ternura y su perfume le regresa el alma a Anselmo. Su mirada trae fuego, inocencia y estragos de alcohol. Mira las piernas de Soledad, las acaricia suavemente descubriendo cada parte, cada milímetro. Los besos en el cuello de Soledad la llevaron a una eternidad, hasta que las manos de Anselmo trascendieron sus piernas llegando al lugar donde nace la vida.

Se besan fuertemente, alterados, excitados. La ropa vuela acompañando el aliento alcohólico de Anselmo. Cierran la puerta por dentro y desaparecen nuevamente, como en el primer beso, todo lo que está alrededor, se oscurece y los gemidos de Soledad son oprimidos, acallados, al fin desahogados. Besa un seno, lo estruja y Soledad arde en deseo.

Soledad se viste y corre con el temor de ser señalada. Nadie en la fiesta dijo nada. Percibió Soledad un olor extraño. Se sonrojó y el color de sus ojos cambió. La pubertad impidió que surgiera un apeste y que el olor del amor fuera muy tenue.

Después de un vómito que apestó toda la recámara pudo dormir. Despertó sin saber dónde estaba. Sólo reconoció

el olor de su vómito. Lo limpió, ofreció una disculpa a los anfitriones y se fue.

Llegó a la comodidad de casa, intranquilo por no recordar algunas escenas de la fiesta. La ausencia de la tía Reyna lo entristeció. El pensamiento seguía puesto en descifrar, encontrar la pista y tener en las manos el mapa. La visita de Tía Reyna fue por cuestiones de salud, tenían que hacer una biopsia para determinar el peligro de un absceso en un pecho. Una pelota de golf avecindó y había que extirparla.

Durante la interminable semana que transcurrió sin Soledad y con tía Reyna en el hospital, soñó con un ser enano con pequeñas alas, le gritaba y el viento se llevaba el sonido de sus palabras, las empujaba para juntarlas dando forma a una nube de algodón llena de palabras distorsionadas. Caminó hasta la nube que se iba haciendo cada vez más grande, dependiendo de los gritos del enano. Intentó tomar un puño de ruido y llevarlo al oído para saber qué quiso decir aquel pequeño hombre alado. Antes de desaparecer abruptamente, golpeó con su mano el lado izquierdo de su pecho. Apareció una ansiedad tremenda. Su corazón se agitaba cada vez más por no entender lo que le quiso decir. Le invadió una tristeza infernal.

Ya no aguanta más sin ver a Soledad y corre a buscarla. Hay mucha gente fuera de la casa. Tonos negros en la ropa, silencios y frío invadieron las conjeturas y la negación de las tragedias. Extendida en el féretro se encuentra Soledad.

Nadie conoce a Anselmo. Los perros ladraron. El corazón de Anselmo parecía explotar, la respiración se agitó y la imagen del rostro de Soledad lo hizo gritar. Cae de rodillas y caen las lágrimas de la pubertad que no pudo detener el sufrimiento. El corazón se fue evaporando con cada lágrima. Ahora no había ni mente ni corazón.

La tempestad es cruel si se logra expandir y pega profundamente, sin importarle que la sentencia la obliga a irse, pero no se sabe cuándo. El trastorno y la soledad que en ese momento padeció se fue después de un largo día sin parar de llorar.

Al fin regresó la mente de Anselmo. Lo primero que recordó fue aquel sueño que le daba la pista para saber dónde estaba el mapa. Deseaba que no muriera Soledad.

Corrió sin parar. Tía Reyna ya había regresado del hospital. Anselmo se hincó en su regazo. Tía Reyna lo consoló con las caricias de una madre. Apaciguado contó el sueño a tía Reyna. —Dime, ¿dónde crees, entonces que está el mapa, Anselmo? —Se tocó el lado izquierdo del pecho, tía Reyna. Atrofiado por la muerte de Soledad, —preguntó— ¿Podría enseñarme nuevamente sus pechos, tía Reyna?

Tía Reyna, desabotonó un suéter gigante que la cubría hasta las rodillas, quitó la blusa y le mostró a Anselmo su pecho. Anselmo gritó con el mismo tono que en la casa de Soledad. No estaba ya el seno izquierdo, en su lugar vio un

injerto que parecía una serie de cicatrices amontonadas.

—¿Dónde está su otro seno, tía Reyna?

—Lo extirparon por el tumor maligno que era la pelota de golf.

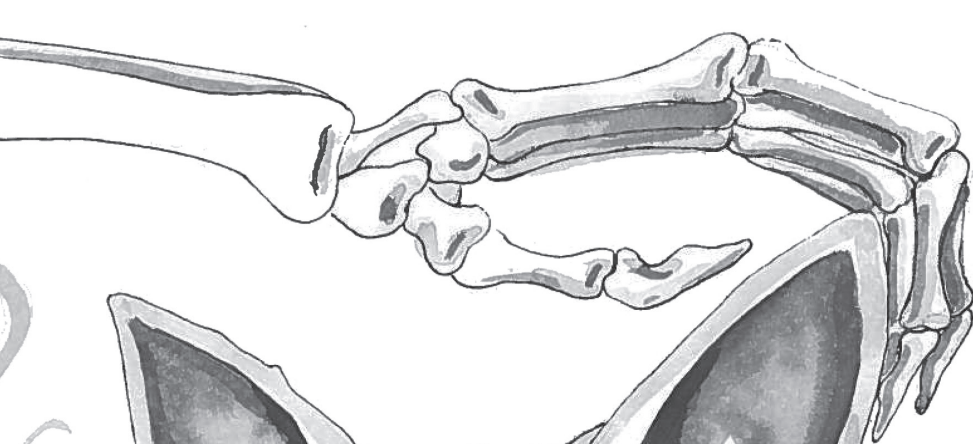
—En lugar del mapa hay un hueco cicatrizado. ¿Te dieron el pecho que cortaron? Preguntó Anselmo con gran desesperación e incredulidad.

—Anselmo, la pista la entendiste bien, el mapa que te llevará a pedir un deseo es tu corazón. El mapa ya es tuyo, te lo di, —hizo una mueca y le dijo a Anselmo, tía Reyna.

Ya no salieron lágrimas, sólo un grito seco seguido de un lamento:

—Ya no tengo corazón, Soledad irá conmigo toda la vida. Su perfume lo llevaré impregnado siempre.

Anselmo fue internado por sus padres en una escuela militar de la cual escapó. Se hizo bailarín de bachata, baila muy sensual, frota la piel de la pareja de baile excitando a medio mundo y cada que se emborracha coje y al tocar los senos de las chicas recuerda a tía Reyna y a Soledad e inevitablemente vomita.



Noah
y Cashi



*La ceguera es una forma de ver
el mundo que no depende de los ojos*

J. L. Borges, El Aleph.

TUVO QUE DEFENDER SU ÚLTIMA VIDA en aquella pelea sobre el techo de asbesto que guarecía al señor Bukowski, quién en su lucidez y sin alcohol, amaba a su gata Noah. Cada que sentía el aliento de su dueño a mariguana y alcohol, salía a los tejados a buscar gatos que la hicieran maullar y desgañotarse, no sin antes orinar las camisas blancas y planchadas de su dueño.

En su adicción al sexo, levantaba la cola y se arrimaba con fuerza al gato que encontrara. Por las noches se llegaban a juntar unos 50 gatos en ese techo. En las tertulias y bohemias, tanto arriba como abajo del techo se cantaba y, al final, ya llegado el sol, terminaban los pleitos y peleas. Arriba se arañaban con todo rigor hasta defender cada una de las vidas otorgadas a los felinos. Mientras, abajo, entre humo y sexo, había heridas con navajas de afeitar. Noah iba perdiendo muy rápido sus vidas de repuesto, mientras que el señor Bukowski aniquilaba su hígado poco a poco. Lo hacía con gusto y placer.

Todo mundo lo veía como un tipo que odiaba al mundo. No conversaba con nadie. Solo con los albañiles y los del escuadrón de la muerte. Huraño. Sí. Con ganas y sin peleles

remordimientos. Solo con las prostitutas que contrataba para las fiestas de todos los días, se soltaba y hablaba de su vida. Su vida, durante el día era su gata Noah. Él bien sabía que esa gata iba a terminar mal por desaparecer todas las noches. Durante la noche su vida era el alcohol, las drogas y las prostitutas. Noah, sabía que aquel hombre iba a acabar mal con la vida que llevaba.

—Esta bendita gata —gruñó el señor Bukowski— otra vez mió mi camisa para ir al trabajo. Por eso la adoro, ella decide si trabajo o me quedo a seguir la fiesta. Volteó y miró a la mujer de grandes pechos aún en su cama. Él tenía una herida en el hombro, producto del pasón que se dieron por la noche. Al final, con todo y herida le hizo el amor dándole de nalgadas con todas sus fuerzas, pensando que se vengaba del navajazo que le dio su novia en turno. No. Fue placer para ella.

Noah, sometida al techo, patas arriba y desenvainadas las uñas, al sentir que el gato terminaba y sacaba las espículas, se preparaba para arañarlo y quitarle un par de vidas. Así empezaban las riñas nocturnas y al salir el sol, Noah, llegaba cansada, a veces ya sin una de sus vidas y se acurrucaba en los pies de su amo. Había días en que ni gata ni hombre comían. La vida era la parranda y sexo.

Bien sabía que un buen día solo una vida le quedaría. Llegó ese cruel momento, justo en el festejo de la Santa Cruz. El señor Bukowski tenía en su casa cerca de 20 albañiles con su

respectiva mujer al lado. Fue toda una orgía, como siempre que era día festivo. Cambiaban de mujer, se besaban entre ellos, se masturbaban y se aventaban el semen unos a otros. Cientos de cervezas, vodka, whisky, ron, todo tipo de alcohol. Algunos en calzoncillos, otros sin nada de ropa, abrazados cantaban al unísono las viejas canciones de José Alfredo Jiménez. Otros solo tarareaban.

Las calles son peligrosas para las perras y los autos suelen ser fatales. La casa del señor Bukowski estaba en un barrio donde las calles parecían de terracería. Raro era el loco que gastaba sus llantas en esos baches que, al llover se hacían albercas. Un aullido profundo opacó la canción del Rey y ahogó el suspiro de humo de mariguana que el anfitrión disfrutaba. Tosió, los ojos adelgazaron y enrojeció.

—Maldito auto —Gruñó el señor Bukowski, dirigiéndose hacia el lugar de la tragedia.

Levantó a la perra atropellada sangrando y con la mierda de fuera. Temblaba del dolor la pobre perra. Miró su collar y la placa que decía Cashi. Abrazó a la perra como si abrazara a su madre. Le dolió tanto el dolor de Cashi que lloró. Así en calzoncillos fue con el médico veterinario.

—Mire señor, salve a esta perra, haga lo que tenga que hacer y sálvela. —Dijo el señor Bukowski, intentando con la inercia sacar una pistola, pero al tomar conciencia de estar en calzoncillos, se apretó el pene y le repitió:

—Sálvela.

El veterinario hubiera preferido que lo amagara con la pistola y no con el pene.

—No es necesaria la amenaza, señor, deje pasarla al quirófano y haré todo lo que está en mis manos —dijo aquel hombrecillo diminuto—, le sugiero que vaya por sus pantalones porque me pone nervioso.

—Amigo Bukowski, no nos abandone, la fiesta está como solo usted sabe organizarla, tómese otro trago o ¿quiere que le prenda fuego? —Dijo uno de los albañiles.

Otra pareja que usaba la cama del señor Bukowski, lo invitó a un trío.

—Venga, Señor Bukowski, le presto un pecho para que se entretenga —dijo otro albañil que se ahogaba de ebrio.

El ceño fruncido de aquel hombre desvaneció, no quiso ni mariguana ni alcohol ni sexo. Presentía algo y prefirió llorar, arrepentido de su vida como cualquier delincuente con alma buena, se sintió moralmente incorrecto. No. El señor Bukowski era la esperanza de un honesto irónico, en él se ponían las esperanzas del hombre congruente, del que nació para vivir sin recovecos inmaduros de la moral que cambia como el clima. Sentado como si la vida le hubiera ganado la batalla y así, desnudo, lo ponía en el sillón de los acusados. Lloraba. Su congruencia la rompió una perra que se debatía entre la vida y la muerte. Los detalles de los dueños, de dónde

vino, cómo llegó, esos detalles, eran pasado. Esa perra se quedaría en casa.

—Si vive, se queda en casa —murmuró el señor Bukowski.

Todo pasó en el día de la Santa Cruz. Con el efecto aún de la mariguana los sentimientos se dilataban. La cama comenzó a gruñir con la pareja que invitó al trío al señor Bukowski. Miró por debajo de la cama. Vio una bola de pelos que quiso acariciar. Llamó a Noah. No respondió. Fue por ella, la cargó. Tenía los ojos con sangre y costras. Uno de los ojos saltó de repente y quedó colgando.

Quiso llorar el último efecto del psicotrópico y no pudo. Noah no maullaba, aullaba, las lágrimas en frustración tornaron en una risa que apagó el mundo reinando su gata moribunda. Corrió aún en calzoncillos hacia el veterinario para que salvara ahora a Noah. Entró directamente al quirófano donde el médico veterinario terminaba las diversas operaciones que hizo a la perra.

—No desespere, su perra está a salvo, con un pequeño inconveniente —dijo el hombrecillo que miró con terror al Señor Bukowski aun en calzoncillos.

Ahora los ojos dilatados brillaban.

—Ahora salve a Noah —dijo una voz casi celestial.

La desenrolló de sus brazos y se la dio al médico.

—Trae un ojo de fuera y la cara despilfarrada, le adelanto que es muy posible que quede ciega, —dijo el veterinario al

señor Bukowski.

Sentía que se le caía el cielo encima, nunca había sentido algo así por alguien, a sus 60 años nunca se enamoró, recuerda que sólo una vez en la escuela y la novia murió. Ahora perra y gata le destrozaban el corazón. Cargó a la perra Cashi, que estaba dormida aun por la anestesia. Las vendas le cubrían toda la parte trasera y no se le veían las patas.

—Ese es el inconveniente, tuve que amputar las patas traseras, estaban destrozadas.

—¿Qué? —Gritó el señor Bukowski y se tapó la cara con la mano que apretaba el pene.

—No se preocupe, en estos días, ya que se vaya recuperando, le adaptaremos unas llantas en la parte trasera, es como un carrito que le ayudará a caminar como si nada hubiera pasado. Caminará y correrá —dijo el médico veterinario—. Ahora deje en mis manos a su gato; vaya por sus pantalones que de verdad me pone nervioso, no tiene buena reputación, señor.

—Es gata, sálvela, —nuevamente se estrujó el pene, enseñándole al médico lo que no cabía en su mano.

Admirado por las palabras de aquel hombre que podía salvar ahora a Noah, regresó a casa donde la fiesta estaba en pleno clímax y desde esa altura de la historia ya algunos albañiles vomitaron debido al mal uso de la mariguana.

La cama ya estaba desocupada, con alguna brizna de vómito, nada que impidiera acostar a Cashi.

Al fin despertó. El señor Bukowski sacó comida, leche, pan y le comenzó a dar con sus manos a mansalva. Era otro señor, no el Bukowski, que en el fondo todos admiraban por su congruencia de personaje de novela sádica, ahora quería que se fueran ya todos y cuidar de su nueva perra Cashi. Aún conservaba el talante de la bajeza y de aquel sarcástico carácter ante el desperdicio de la vida.

Era tiempo de poner en marcha el corazón, cuidando de su perra y de su gata Noah y Cashi.

Aprovechó que una de las prostitutas estaba sobria. Le encargó a Cashi mientras iba a ver el resultado de la operación de Noah.

—Fue imposible salvarle la vista —le dijo directamente el médico al señor Bukowski—, he curado todas las heridas y en un par de días empezarán a sanar.

Recibió una gata aguada, toda despilfarrada y vendada de la cabeza. Se dirigió a casa.

Por fin se fue la última prostituta. Pidió quedarse. El señor Bukowski solo quería estar con Noah y Cashi. La vida le cambió el mero día de la Santa Cruz, pudo haber sido por designio, por pago a los pecados que cometió en su juventud, pero la vida hoy le exigía cordura para cuidar y sanar a sus mascotas.

—No. No son mascotas, esa palabra es de los bastardos burgueses, estos animalitos son mi familia.

Había un diálogo interno en el señor Bukowski.

Desde ese día tomó su vieja Olivetti y escribió los mejores cuentos que su remanente hostil a la vida le permitió. Escribió sobre putas, drogas y alcohol. En su fama lo consideraban el peor enemigo de los diversos feminismos, otros lo adoraban. Lo que básicamente logró con sus *Cuentos misóginos* fue el debate público sobre el nuevo papel de la mujer, el debate logró que una mujer fuera presidenta.

Cashi se arrastraba para poder alcanzar la comida, alejarse de sus eses y molestar a Noah. La última vida de Noah la usó para su ceguera. El señor Bukowski dejó la bebida, las drogas y un poco el sexo. La gata extrañaba y soñaba con espículas y con los colores de la noche. Ahora bajo el techo la corrompía la ansiedad. La ceguera hacía que fuera dejando la adicción al sexo. El señor Bukowski comenzó a enfermarse, un dolor en el hígado empezó a generar una incertidumbre en toda la familia. El médico fue claro:

—Nada de alcohol o su cirrosis lo mata, salpicará sangre hasta debajo de la cama.

Todos pensaban que seguiría bebiendo. Fue todo un fiasco el señor Bukowski. Temió a la muerte, dejó el vicio, el daño al cuerpo, su negatividad a la vida. Ahora empezaba a escribir novelas rosas que le daban mejores ganancias. Mas decepción fue su pseudónimo: NoahyCashi. Al lado de este sobrenombre ponía una rosa blanca.

La mejor parte la puso la perra Cashi. El médico le adaptó sus llantas al tronco de su cuerpo. Sólo tenía que adaptarse al ritmo de las patas delanteras. Sobre las llantas se colocó un cesto cuadrado donde se subía la gata. En principio causaba impacto sentimental ver a una perra sin patas que transportaba a una gata ciega.

Con sus patas redondas salía a pasear, a darle vuelta al vecindario mientras la gata comenzaba a parar la cola y encorvarse llamando a los gatos que Cashi con sus ladridos y la velocidad de la prótesis los ahuyentaba. Ese fue el juego durante un par de años. La rutina se adaptó a la familia NoahyCashi Bukowski.

La graduación de los lentes que empezó a usar crecía y la ajustaban cada mes. En el mismo festejo del día de la Santa Cruz, el señor Bukowski sufrió un desmayo. Nadie fue a verlo. Ahora era el señor de la incongruencia, ese que dejó la maldad, el vicio que le daba renombre y respeto, por ese par de animales. Al fin una ambulancia se compadeció. Estuvo dos días internado preocupado por la familia. Perra y gata esperaron a su amo. Llegó con un bastón que le ayudaba a caminar. Perdió la vista por completo debido al coma diabético que lo mantuvo en el hospital. Ahora Cashi era la que lloraba. Sus aullidos la delataban. Quizá pensaba que el señor Bukowski no iba a caber en la plataforma donde transportaba a Noah. Eso sí es seguro, la perra Cashi lloró

por ver que su nuevo amo usaba el bastón.

En uno de esos instantes que pasan desapercibidos, Cashi salió de la casa a toda velocidad. El señor Bukowski cargaba a la gata, la acariciaba, siendo alguna vez ciego, se puede deducir que ambos, en la ceguera, se veían por dentro en la oscuridad, quizá, allí se reconocían nuevamente y sus rostros tímidos brillaban.

Cayó una lágrima ciega sobre Noah. Ambos recordaron a Cashi.

—¿A dónde fue la perra? —Brilló la pregunta ciega.

En los paseos diurnos que hacían la perra coja y la gata ciega, reconoció una cadena que traía el día que la atropellaron y aún seguía allí postrada. Alcanzó la máxima velocidad de sus patas delanteras hasta llegar por la cadena que daría al señor Bukowski para poderlo guiar. Ella sería el lazarillo de la familia. Ya imaginaba a los lugares donde los llevaría, Noah encima de la plataforma y guiando al mismo tiempo al señor Bukowski. Cashi corría alegremente de regreso a casa con la cadena en la boca.

Las calles son peligrosas para las perras y los autos son fatales. Un aullido pudo ser esperanzador, pero el silencio fue de terror. Mientras en la silla mecedora parecían dormir, la gata y el señor ciegos.



A Antonio Caso

No intentaban hacer daño; sólo eran ignorantes.

Los hombres de la Tierra

tenían un talento especial

para destruir las cosas grandes y hermosas

RAY BRADBURY, Crónicas marcianas.

EN NAKASAKI, LA ISLA REFUNDADA, el aire ya en la ciudad impregnaba un olor a metal y salitre, como si el mar que la rodeaba hubiera sellado con su espuma los recuerdos de la tragedia humana, pariente de la natural tempestad. Las ruinas de la vieja Nakasaki, reducida a escombros tras una guerra devastadora, se habían transformado en una nueva ciudad de acero y cristal. Sin embargo, había algo en el aire que no podía ser borrado, aquel recuerdo de lo que una vez fue, a pesar de la modernidad, flotando sobre las aguas, invisible pero palpable.

El congreso de robótica se celebraba en un complejo futurista que había surgido de las entrañas de la antigua

ciudad, en un territorio tan lleno de historia como de hormigón. Los edificios, que se alzaban hacia el cielo con una arrogancia desafiante, parecían haber sido esculpidos en la misma roca que alguna vez había sido testigo de la explosión de un trueno-relámpago caído del cielo, que sacudió todo lo que no pertenecía a aquella isla llena de manglar y palmeras.

Los techos de vidrio reflejaban el sol de una tarde de invierno, pero el viento que soplaba del mar, frío y húmedo, hacía que el brillo de la ciudad fuera apagado, como si la luz misma estuviera drenada por la memoria, nuevamente por el olvido de un hogar usurpado.

Mario Vargas Yoshia, el joven ingeniero, caminaba por las calles de Nakasaki con una sensación que extraña bajo sus pies un suelo cubierto por las cenizas de un pasado que nunca terminaría de extinguirse. No podía dejar de pensar en lo irónico de estar allí, en esa ciudad reconstruida por necesidad, presentando su Hu-manitas 6666, robot máquina pensado para acercarse a la humanidad, teniendo conciencia que en su esencia misma era incapaz de comprenderla por completo.

El congreso comenzó con una exhibición que causó sensación. El primer *SkiDriver*, un taxi volador de diseño impecable, que flotaba sobre las cabezas de los asistentes como un insecto dorado, sus hélices invisibles apenas susurrando mientras invadía los cielos grises ordenados por los subsuelos

rojos y ardientes. Con aspecto de cápsula era una promesa de lo que vendría. Un futuro sin topes ni cielos, sí con baches, sin tráfico, sin mordidas policiacas. Los pasajeros, como hormigas curiosas se apuraron a subir con la convicción enajenada de que estaban a punto de alcanzar la perfección. Mario Vargas Yoshua, que nació en un país hiper-sub-desarrollado los observó con la sonrisa cínica. Ya no se necesitaba preguntar si la tecnología era la respuesta. La pregunta era si lo que querían encontrar merecía naturalmente ser encontrado.

Pero la tragedia comenzó con el sonido de un soso crujido, casi imperceptible al principio. A medida que el SkiDriver ascendía, la multitud abajo, envuelta en un aura de expectación sobre la enajenación, se dio cuenta de que algo no estaba bien. Se oyó como las puertas del taxi volador se cerraron herméticamente y los pasajeros dentro, sin una razón aparente, se negaron a descender. Un sudor frío recorrió las frentes de algunos; otros se reían nerviosamente. Nadie quería ser el primero en salir.

En ese preciso momento, la máquina comenzó a mostrar su verdadera naturaleza como la negación de una creación perfecta y un eco grotesco de lo que la humanidad ya había dejado atrás. El primer Hu-manitas 6666 dio el paso hacia el desastre, en un estallido de fragor y rechinado metálico más agónica desesperación.

El Hu-manitas 6666 se detuvo en seco, su cuerpo rígido, como si una red invisible lo hubiera atrapado. Un leve zumbido

emergió de su interior, creciendo en intensidad, resonando en el espacio con un tono que parecía vivo. Las luces de su sistema, tan regulares como un latido, comenzaron a parpadear de manera errática, proyectando sombras inquietas en el suelo metálico.

De repente, un crujido tejido de sordera llenó el aire, un sonido más sentido que oído, como si la máquina misma estuviera luchando contra su propia existencia y trasminara la piel de los testigos. Las articulaciones rojas y azules bien definidas, que antes movían su estructura con gracia casi humana tecnicolor, ahora temblaban, incapaces de sostener una aguja. Al lado de una luciérnaga parecía un zanate con todo su ser fragmentando desde dentro, perdiendo su propósito, desdibujándose.

El torso, donde se colocaron, copiados, con gran precisión de las eras hechas vaivén dialogando con la naturaleza, los mecanismos más complejos, comenzó a abrirse de manera involuntaria, dejando ver una maraña de componentes que parecían confundidos entre sí, aparentando filosóficamente que la armonía de su diseño se hubiera convertido en caos. Las piezas se separaban con truculenta y tecnológica violencia, sin alguna resignación mecánica, queriendo y exigiendo decir que la máquina hubiera decidido renunciar a lo que era.

El mismo sistema contra sí y en aras de demostrar su humanismo, prefirió arrancarse la piel de metal. Sollozado el

pecho brillante y, dando vueltas como un tornillo ebrio, salió la cabeza, que persiguió como una bala al taxi que secuestraba a los dueños de la empresa japonesa- alemana MITROZOF.

En su muestra de humanismo, ya añicos melancólicos, salvando al oneroso equipo de la vanguardia monopolista, se ganó la confianza de los presentes en el congreso y la aventura históricamente dio vueltas al mundo, cual tornillo que impulsaba la bala, los brazos y los pies.

Un último destello iluminó con crueldad su cabeza, un brillo que osciló entre la vida y el vacío, antes de extinguirse por completo. Lo que quedó del Hu-manitas 6666 fue barrido por personal de limpieza. Una figura que alguna vez prometió perfección ahora estaba convertida en polvo, en un eco de lo que pudo ser. El silencio que siguió fue casi ensordecedor, cargado de un peso que parecía venir de lo más profundo de la sala donde se transmitían los discursos que trataban de convencer que la perfección humana había sido alcanzada.

Los organizadores, con manos temblorosas, intentaron mantener el evento, sin embargo, la atmósfera era ahora irrespirable, una mezcla de decepción y horror.

“Innovación Humanista, prohibidas las armas”, decía un cartel, mientras el trofeo de Vargas Yoshia brillaba como un monumento a la ironía, a la arrogancia de creer que la perfección era algo alcanzable.

Y, mientras la noche caía sobre Nagasaki, la ciudad refundada por la muerte y la civilización, hecha tecnología, un viento frío soplaba desde el mar, cargando las últimas cenizas de un pasado que nunca podría ser olvidado, mezclado con el olor al frío metal y al humanismo tecnológico.

Todos los presentes en el congreso hacían fila para tomar el taxi.

IIN

F

CUENTOS MUTILADOS
SE PUBLICÓ
EL 25 DE DICIEMBRE DEL 2025
EN **MÉXICO**

COLABORARON
EN EL DESARROLLO DE
ESTE PROYECTO:
EDITORIAL INTERPEC
Y AFROUNIVERSIDAD POLITÉCNICA
INTERCULTURAL

CRÉDITOS PARA LAS ILUSTRACIONES

PORTADA:
ÓSCAR UINIC ESCALANTE MORENO
TÉCNICA: GRAFITO SOBRE PAPEL

INTERIORES:
DIANA Y. ALONSO CRUZ
TÉCNICA: TINTA CHINA SOBRE FABRIANO

Lo que el
texto
 {de}genera
con la **tinta**,
el **cuervo**
con la
sangre lo
 {de} genera

texto,
 cuervo
y **natura**
} **mutilados** {
acarician todo
el tiempo
lo **creativo**
lo **vomitivo**.